

Aposentada la familia real en una de las casas del lugar, contemplaban, desde sus ventanas, la perspectiva maravillosa que ofrecían las torres, palacios y jardines de Granada, cuando los defensores de ésta lanzáronse de improviso fuera de la ciudad acometiendo á los guerreros cristianos, que rodeaban á la Reina. Había prevenido ésta al marqués de Cádiz, que no empeñara aquel día combate con los moros, para evitar que se derramara sangre cristiana por la satisfacción de su deseo; pero al ver los capitanes españoles lanzarse sobre sus soldados á los musulimes, no les fué posible contener su ardor, y acometiendo con su acostumbrado denuedo arrollaron de tal modo la infantería sarracena, que envolviendo esta en su huida á los mismos ginetes granadinos, entraron vencidos en la ciudad por la puerta de Bibtaubin, no sin dejar en el campo mas de dos mil moros entre muertos, cautivos y heridos. No hay para que decir que la Reina perdonó al marqués de Cádiz y á sus valientes compañeros la infracción de sus órdenes, infracción que había valido un nuevo triunfo para sus armas; y tan vivo quedó en la memoria de Doña Isabel aquel combate, dado ante sus ojos y en el que sin el esfuerzo de sus capitanes hubiérase visto envuelta y cautiva por sus enemigos, que para conmemorar la victoria, siguiendo la piadosa costumbre de la época, fundó en aquel parage un convento donde plantó un laurel por su mano, que todavía florece en aquel sitio, y que conocido con el nombre del laurel de la Zubia, vive como permanente recuerdo de aquella épica campaña, inspirando la fecunda vena de poetas y de novelistas contemporáneos <sup>1</sup>.

Y no fué aquella la última batalla en que demostraron su esfuerzo

<sup>1</sup> Habiéndose sacado á subasta por los años de 1862 el espesado convento, como una de las fincas que debían enagenarse en la provincia de Granada, fué adquirido por Doña Isabel II para conservar el indicado laurel, simbolo de la referida victoria. Hoy debe por lo tanto formar parte de las fincas del patrimonio, á cuyo director rogamos, seguros de ser oídos, conserve aquel recuerdo de una de las épocas mas gloriosas de nuestra patria y de la gran Reina Isabel la Católica.

Entre las diferentes composiciones que ha inspirado á nacionales y extranjeros aquel árbol histórico, citaremos el bellissimo libro que con el título de *El laurel de los siete siglos*, escribió nuestro querido amigo y paisano el señor D. Manuel Fernandez y Gonzalez, honra de las letras españolas, que no encontrando suficiente espacio para su genio en su patria, despues de enriquecerla con multitud de obras, ha pasado á la nación vecina donde segun las palabras de una de sus cartas, «ha plantado en el adarbe de Paris la bandera literaria de España, decidido á no abatirla sino á mantenerla siempre con nueva gloria.» palabras que lejos de ser jactancioso alarde de su carácter andaluz, se ha encargado de justificar con los libros y artículos que cada día publican las prensas de Paris, dadas á la fecunda pluma de nuestro compatriota.

los moros granadinos y los guerreros cristianos; pero los esfuerzos de aquellos, eran las últimas, aunque brillantes llamaradas de una luz que espira, y en estos las ráfagas brillantes de un incendio que avanza, dominándolo todo. El pueblo granadino á pesar de haber acopiado víveres en abundancia, con la aglomeración de gentes que á él acudia, como al último baluarte de la raza musulimica, iba ya empezando á sentir los efectos del hambre: los consejeros de Boabdil, perdida ya aquella indómita fiereza de las razas del desierto, principiaron á pronunciar palabras de capitulación: el Wacir Abul-Cacin, llegó hasta los reyes cristianos para pedir una tregua de setenta días: concedióse esta, pero solo para arreglar las condiciones de la capitulación: débil el Zogoibí, y abandonado á su destino, aceptó los tratos que sus cobardes consejeros deseaban, y nombrados por los reyes, Hernando de Zafra y Gonzalo de Córdoba para que con el mismo Abul-Cacin, el Cadi de los Cadíes y el alcaide Aben-Comixa conferenciasen, fijáronse por último, despues de muchos debates y discusiones, los capítulos de la entrega.

No fueron estos secretos tratos sin embargo hechos de tal modo, que no trasluciera el pueblo su verdadero objeto, y pronunciando la palabra «traición» subió la multitud á la Alhambra decidida á obligar á su rey á continuar la resistencia: con harto trabajo logró Boabdil calmar la irritación popular; pero el desaliento del monarca cundió bien pronto á la plebe y el fatalismo musulman completó la obra comenzada. Boabdil, perdido ya todo decoro y temiendo mas á su pueblo que á los guerreros cristianos, pidió á Fernando é Isabel apresurasen la entrada en la ciudad, anticipándola para el 2 de Enero en lugar del 6, en que cumplía el plazo antes fijado.

Llegó por fin el momento solemne: los rayos del sol plateaban apenas las cumbres de Sierra Nevada el día 2 de Enero de 1492, cuando en los fértiles campos de la vega granadina veíase el ejército cristiano vestido de gala, agrupado á sus respectivas banderas en orden de batalla: tres cañonazos disparados desde los baluartes de la Alhambra dieron la señal convenida, para que el ejército vencedor

tomase posesion de la ciudad: emprendióse la marcha, desplegados al aire los estandartes, y llevando delante de todos la cruz de plata el gran cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, asistido del comendador mayor de Leon D. Gutierrez de Cárdenas y de otros prelados, caballeros é hidalgos. Al llegar cerca de los siete suelos, otra triste comitiva salióle al encuentro: era Boabdil-el-Zogoibí, que saliendo por la puerta de los siete suelos con cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, despues de conversar un breve espacio con el prelado llegaba á las orillas del Genil junto á una pequeña ermita, consagrada despues bajo la advocacion de San Sebastian, y presentaba á los monarcas cristianos las llaves de la ciudad abandonándose á su generosidad y clemencia. La Reina Isabel, comprendiendo que en aquellos momentos no podia haber mayor consuelo para Boabdil, que el que pudiera ofrecerle el amor paternal, devolvióle á su hijo que formaba parte de los jóvenes que se dieron en rehenes al principio de las capitulaciones; y pocos momentos despues la desgraciada familia proseguia su marcha sin atreverse á volver el rostro, por no ver las banderas cristianas enarboladas sobre las torres granadinas.

El tiempo transcurria en tanto, á pesar de su rápida marcha, perezoso para la Reina, que colocada en una eminencia no apartaba su vista de la fortaleza de la Alhambra, impaciente, trémula de emocion. De pronto, sobre el alto minarete de la vela aparece, destacándose sobre el fondo azul y trasparente del hermoso cielo de Granada, una cruz de plata sobre cuya bruñida superficie reflejando los rayos del sol irradiaban luminosos resplandores; á su lado tremolan gallardamente los estandartes de Castilla y el pendon de Santiago: truena la artillería; vivas indescriptibles ahogan con su entusiasta concierto el eco de los cañones: Isabel se postra de rodillas mirando la cruz: el ejército entero sigue su ejemplo: reyes, prelados, sacerdotes, capitanes y soldados entonan los solemnes versiculos del Te-Deum; y repiten las brisas de la Alhambra y del Albaicin, de la Alcazaba y del Hageris, las palabras de los heraldos que condensan el mas gigante triunfo de la edad media, el desenlace del drama de Covadonga, el

completo éxito de la restauracion cristiana en la península, el triunfo de la cruz sobre el islamismo: «¡Granada, Granada por los incultos reyes D. Fernando y Doña Isabel!...»

## V.

Siempre las grandes empresas llevan de sí como por providencial atraccion otros nuevos y gigantes pensamientos. Cuando estaba á punto de realizarse el término de la reconquista, llevada á feliz cima por la poderosa actividad é iniciativa de la gran Reina, llegaba á los reales cristianos un hombre extraordinario, que la posteridad ha considerado, y no sin motivo, como enviado de Dios. Habia nacido en Génova de un modesto cardador de lanas, y dedicado desde muy niño al estudio de la latinidad, de las matemáticas y de la cosmografía, lanzóse bien pronto á arriesgadas expediciones navales, como si la inmensidad del mar, comprendiendo la inmensidad de su genio, le llamara para entregarle un dia en justa recompensa de sus afanes, un nuevo mundo. Aquel hombre llamábase Cristóbal Colon, y presintióndola primero, casi adivinándola, y viendo confirmadas sus sospechas por el estudio, declaró ante la asombrada Europa la existencia de un continente desconocido, el cual era preciso descubrir llevando hasta sus incógnitas regiones la santa religion del Crucificado.

Pero antes de conseguir su propósito, habia de recorrer la pesada calle de la amargura, porque han de pasar siempre los grandes redentores de la humanidad. Italia desprecióle: necio, iluso vióse tambien llamado en Inglaterra, y no sufrió mejor suerte cuando acudió á poner su proyecto bajo la proteccion del Rey de Portugal. Colon sin embargo no desmaya: su espiritu le sostiene, aunque llegue á faltarle hasta el pan de los mendigos; y su viva y penetrante mirada, en la que refle-